

PILARES DE LA INTERCULTURALIDAD: RELACIONES DE DOBLE VIA

AUTORA: Olga Lucía Arbeláez Rojas. Lingüista, Magister en Gerencia para el Desarrollo.

*Coordinadora de la Línea de Investigación en **Estudios interculturales: interdisciplinariedad, lenguajes y ciudadanías**. Grupo de Investigación Lengua y Cultura de la Facultad de Educación de la Universidad Pontificia Bolivariana.*

Directora de la Licenciatura en Etnoeducación con énfasis en Ciencias Sociales.

Profesora Titular de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín.

Correo: olga.arbelaez@upb.edu.co

RESUMEN

El trabajo que se viene realizando en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, Colombia referido al tema de la interculturalidad es resultado de una larga experiencia con grupos étnicos y culturales que conforman el mosaico pluricultural del país. El propósito de este artículo es aportar y afianzar una perspectiva conceptual en la cual se comprende la interculturalidad desde los procesos de educación y formación, como una competencia transversal, dinámica, en la cual se articulan saberes o se soporta desde tres pilares:

1. El concepto de cultura y su impacto en el concepto de hombre, entendiendo que las interrelaciones son posibles desde el reconocimiento del propio universo con el del otro.
2. Ética para nuevas ciudadanías, entendida como la revisión de conductas y acciones en el marco axiológico, temporal y contextual propio y el del otro.
3. El desarrollo de la competencia comunicativa intercultural, en la cual se busca más que el intercambio de información, la posibilidad de generar vínculos, de entenderse de forma regulada mediante conductas y emociones que son particulares en cada persona.

Es, en esta articulación, en la cual emerge una persona, un ciudadano que entiende que las relaciones, las interacciones propician síntesis culturales nuevas, producto de profundas rupturas históricas. Al formar en actitudes éticas, de apertura, de respeto, de valoración de la diferencia, aspiramos a transformar los contextos locales y planetarios en los cuales hoy todos nos vemos inmersos. Por

tanto, la interculturalidad, más que una categoría teórica, es una propuesta ética; es más que una idea, es una actitud.

PALABRAS CLAVE

Ciudadanos, comunicación, relaciones, diversidad, reconocimiento.

ABSTRACT

The study that the PONTIFICIA BOLIVARIANA in Medellin, Colombia has been developing in relation to the topic of intercultural problems is the result of a long experience with cultural and ethnic groups which constitute the rich cultural variety of our country. The purpose of this article is to contribute to strengthen a conceptual outlook in which the intercultural relationships are understood from the educational and formative processes as a transversal and dynamic competence in which skills are articulated or supported by three pillars:

1. The concept of culture and its impact in the concept of man making clear that interrelations are possible from the recognition of the own universe with the other one.
2. Ethics for the new citizenships in the sense of the revision of behaviors and actions in an axiological frame which is temporal and contextual for the other one.
3. The development of a communicative, intercultural competence in which we seek, more than the achievement of information, the possibility to generate ties to make oneself understood in a controlled way through behaviors and emotions which are peculiar to every individual.

It is, within this articulation, in which a person emerges, a citizen who understands that relationships, interactions supply new cultural synthesis, as a product of deep historical changes. By constructing these ethic attitudes of open mind, respect, and worship of difference, we look forward to transform the local and planetary contexts in which all of us are immersed. Therefore, cultural intercourse, more than a theoretical category is an ethic proposition; more than an idea, it is an attitude.

KEY WORDS

Relations, citizens, culture, diversity, recognition, communication.

CONTEXTO HISTÓRICO

*“En la conquista de América, los europeos sacaron más de lo que nos dieron”
Alejo Carpentier*

La conquista de América se dio en un momento histórico europeo en el que el absolutismo religioso y monárquico, soportado por la teología como filosofía política de la época, negaban y aun atacaban a todos aquellos que intentaran controvertir las creencias y los pensamientos.

En el oscurantismo medioeval, la alquimia era más importante que la química, la astrología y el geocentrismo tenían más validez que la astronomía; la magia y la hechicería tenían más valor que la medicina y el estudio de las realidades que circundan al ser humano se veía intervenido por una cantidad de creencias y supersticiones que sólo buscaban la manipulación de grandes masas humanas para reafirmar las ambiciones de poder y de dominio.

En este ámbito el individuo como persona (per se una) no existía, sino que estaba supeditado a superinstituciones como la iglesia y el estado que se imponían sobre todos los miembros de unas comunidades, cuya única alternativa era acogerse a los dictámenes de reyes, papas y señores, sin la mínima posibilidad de protestar o de cuestionar porque, como ha ocurrido en muchas épocas imperiales, la mayor trasgresión era revelarse contra el estado o contra superestratos dominantes basados en imaginarios que negaban cualquier posibilidad de reivindicación.

Instituciones como la Inquisición, fundada en 1232 fueron creadas exclusivamente para ocultar la verdad evangélica ya que el mensaje cristiano de pobreza y humildad no compaginaba con la vida de fausto y derroche que llevaban los altos jerarcas de la iglesia, y en tal sentido, había que condenar como herejes, había que castigar violentamente a todos aquellos que se levantaran contra este autoritarismo nacido del poder eclesiástico y político.

Todo este contubernio se encontraba en su furor, y fue así como la reina Isabel la Católica ordenó a sus adelantados, capitanes y conquistadores, perentoriamente, que los territorios que fueran a conquistar tenían que ser *españoles, católicos y romanos*.

Las anteriores no eran órdenes ni palabras vacías. Las huestes que invadieron estos territorios venían con el pleno convencimiento de que las poblaciones que iban a ocupar estaban exentas de todo vestigio de cultura y que sus pobladores

eran gentes sin alma y sin creencias que debían ser redimidas a través de la evangelización. El pacto establecido entre el Papa Alejandro VI, de origen español, y cuyo verdadero nombre era Francisco Borja (Borgia en Italia) y los reyes católicos, llevó a la imposición de todos los patrones culturales y religiosos de la España medieval y su alianza con el pontificado.

Resultado de todo esto fue la destrucción de la ciudad amerindia y la instauración del municipio español, con todas sus características. Ningún conquistador tuvo tanta suerte como la que tuvo el conquistador español que, en el caso de Hernán Cortes y Francisco Pizarro, que se encontraron con imperios como el Maya, Azteca o Inca tan consolidados y con sociedades tan organizadas, que bastó con cortarle la cabeza al emperador (Moctezuma o Atahualpa) para que la sociedad siguiera funcionando sin asomo alguno de rebeldía y obedeciendo a sus nuevos jefes.

No obstante, aquellos grupos pequeños o de clan que no tenían tal grado de organización pagaron cara su oposición al conquistador, ya que sus levantamientos fueron severamente sometidos con las armas de chispa que traían los europeos. Esto dio lugar a un etnocidio que hizo que muchas comunidades cometieran suicidios en masa o se desplazaran a sitios inhóspitos para protegerse de sus perseguidores.

En menos de cuarenta años se consolidó el imperio español en América gracias a los buenos oficios de Alejandro VI, quien, en 1494, en el tratado de Tordesillas repartió el mundo entre españoles y portugueses: hemisferio oriental para los portugueses, quienes fundaron sus colonias en la India y en el Sudeste Asiático y el hemisferio occidental para los españoles, quienes se apoderaron de toda la franja americana especialmente centro y sur américa.

El nuevo orden impuso nuevas condiciones: los indígenas fueron esclavizados y obligados a extraer el oro de las minas, metal que creó una nueva sociedad emergente en España, centrada en Madrid y Sevilla y dominada por castellanos, cuyo origen era el de rudos campesinos, muy fuertes en la guerra, aunque de pocos alcances intelectuales.

La nueva España se impuso en todo su esplendor con sus valores y disvalores. Se fundó una nueva sociedad cimentada en una escala de apreciaciones y despreciaciones cuya cúspide estaba conformada por los españoles nacidos en España, seguida por los criollos que eran los hijos de españoles nacidos en América, los comerciantes, terratenientes y aventureros que obtenían sus títulos con dineros de dudoso origen, los mestizos mulatos, los indígenas evangelizados y manumisos y, por último, los indios mecos o apaches.

En las ciudades conquistadas se establecieron los centros de poder como los virreinos, las capitanías y los baluartes. Existían también, las ciudades de paso y las ciudades de misión. Todo esto con el modelo de organización administrativo español y regidos por las llamadas Leyes de Indias.

Los esfuerzos de algunos clérigos comprometidos con el destino de los amerindios, permitieron que se dictaran leyes favorables a los aborígenes y se pretendió liberarlos del trabajo esclavo, importando a los negros de África para que cumplieran con las faenas más onerosas como el laboreo de las minas o la construcción de caminos; sin embargo, aquellas leyes benignas que brindaban el derecho a la educación de los indígenas no fueron cumplidas por los agentes de la corona ya que para ellos eran inconcebible que un aborígen estudiara latín, teología o retórica.

El trabajo esclavo de los indígenas se mantuvo a través de las encomiendas y sus tierras fueron expropiadas y muchos indígenas confinados en reservaciones.

A pesar de lo anterior, hay que reconocer que el gran legado de los españoles fue el mestizaje. Generalmente se toma el mestizaje como la mezcla biológica pero, esa mezcla no podía estar exenta de la hibridación cultural. El mestizaje de los españoles no es un fruto del azar, sino que viene de una larga historia de invasiones, ocupaciones, y cruces que se dieron en la Península Ibérica desde tiempo inmemorial, ya que España era el último punto de llegada de las migraciones que venían del oriente. Esa España, esos españoles fueron los que llegaron a América, no tenían prejuicios raciales y la religión católica nunca se ha preocupado por la limpieza de sangre, y si a esto le sumamos, la llegada de los inmigrantes asiáticos, chinos, japoneses, coreanos y de los países árabes nos encontramos con que “Nuestra América”, como la llamó José Martí es el crisol de pueblos más rico y hermoso del mundo; José Vasconcelos la llamó la “Raza Cósmica” y el gran historiador Arnold Toynbee declaró que “el mestizaje americano es el mejor antídoto contra el racismo”.

¿EXISTE UNA CULTURA LATINOAMERICANA?

La respuesta a esta pregunta es bastante difícil. Debemos partir del aserto que no hay pueblo sin cultura; no obstante los hechos sobrevinientes que han afectado nuestro subcontinente y la interrupción abrupta de un proceso de avance y desarrollo que ya existía en nuestra América precolombina cambió radicalmente la perspectiva de este análisis.

El gran polígrafo colombiano Luis López de Mesa afirmó que “los países latinoamericanos son países que andan en una continua búsqueda de su ethos”.

Lo cierto es que la lucha por la identidad ha sido un proceso sinuoso y plagado de dificultades, ya que el mismo mestizaje dio como resultado una hibridación que ha impedido que se puedan marcar parámetros definidos sobre los patrones culturales de afroindoamérica.

No hay duda de que existen culturas muy identificadas en América Latina. Hay pueblos aborígenes, afrodescendientes y mestizos que todavía conservan muchas marcas culturales que vienen de larga tradición; empero, la diversidad que es característica en muchos de nuestros países, que no tienen la mayoría de amerindios o afrodescendientes, es tan notable que nos produce verdaderas dificultades la determinación de aquellas marcas definidas que, de acuerdo con el profesor Guenther Haensch, se llaman *culturemas*.

En el caso de mi país, Colombia en donde todavía sobreviven 102 etnias indígenas y 85 lenguas, 20 de las cuales se encuentran en serio peligro de extinción, pero que se escaparon del etnocidio y del glotocidio ocasionados, no solo por la invasión de los europeos sino por los eventos relacionados por la economía como la sacarocracia que apareció después de la bonanza aurífera y que se originó principalmente en la isla de Cuba; vino después la bonanza de la quina y de las maderas preciosas; siguió la bonanza cauchera que produjo miles de muertos en las comunidades amazónicas hasta llegar a la problemática del narcotráfico que hoy en día sufrimos.

Todos esos impactos tuvieron repercusiones culturales y podemos afirmar, sin vacilaciones que fueron altamente negativos porque afectaron principalmente a comunidades débiles que fueron sometidas por la fuerza de las armas, no solo a destruir naturaleza sino a desplazarse de los territorios ancestrales.

Los mencionados impactos generaron consecuencias que dieron lugar a fenómenos como la dispersión, la aculturación, el abandono de costumbres y valores tradicionales y la readaptación a nuevos sistemas de vida; no obstante muchos de estos pueblos resistieron y mantuvieron líneas de conducción que les permitieron sobrevivir y mantener muchos elementos que se pueden calificar como originales o propios de estas culturas.

Tal como lo afirma Arturo Uslar Pietri, el proceso americano en su desarrollo y evolución, constituye una experiencia única e incomparable. No fue simplemente dominio imperial, una relación de vasallaje entre comunidades ajenas y extrañas, sino un dilatado y rico proceso de creación de una nueva situación humana. Lo que había en América antes de 1492 se alteró en todas las formas esenciales: la

creencia, la lengua, la cultura, las instituciones y la concepción misma de la propia identidad y lo que continuó en la Península experimentó grandes e irreversibles cambios que afectaron todas las formas de la vida de la sociedad y la mentalidad colectiva.

Visto en su conjunto, este gran hecho, que es en muchos sentidos único y que continúa en su evolución no ha sido fácil de abarcar y comprender en toda su significación pasada y presente. Lo cierto es que el proceso americano, a pesar de las restricciones impuestas por el usurpador europeo se pudo concretar y fueron vanos los esfuerzos de los nuevos amos por imponer sus deseos de homogenización y configuración de un superestrato dominante; por el contrario, los sustratos indígenas y los de los negros esclavos africanos lograron permear, los rígidos patrones culturales de los europeos descontextualizados.

El mejor ejemplo para ilustrar este proceso lo encontramos en Cuba.

Después del descubrimiento de la caña de azúcar en Filipinas, se halló que el sitio más apropiado para su cultivo fue la isla de Cuba; sin embargo, los indios guajiros y taínos que poblaban esas islas desde mucho tiempo atrás no se adaptaron al cultivo y manejo de la nueva planta. Ante este obstáculo, le aplicaron la solución española: los mataron a todos y poblaron la isla con esclavos africanos, que sí se adaptaron muy bien al trabajo de la caña.

Cuba se convirtió, entonces, en el gran centro de acopio y distribución de la carga de ébano que transportaban los barcos negreros y, el hecho de que no existiera el elemento cultural amerindio, permitió que se forjara una nueva cultura basada en los sustratos africanos con su sincretismo religioso, su capacidad rítmica y musical que dio lugar a la revolución musical. De ahí, se derivaron el jazz, el tango, el bolero, la rumba y toda la música rítmica tropical que hoy hace las delicias de propios y extraños. Tan fuerte fue esta influencia, que los géneros musicales que traían los europeos, muy pronto se vieron transformados por toda esta riqueza y variedad.

La nueva cultura latinoamericana se fue construyendo a través de la hibridación, pero, muy pronto, se fueron imponiendo ciertos patrones que marcaban diferencias esenciales con los de los europeos. Una de esas manifestaciones, que estableció distancias, fue el valor de la emoción.

En un estudio realizado por Max Weber en su teoría de los valores, el autor afirma que en nuestro continente ocupa un lugar predominante en la escala, el valor afectivo, por encima del valor moral. Esto, tal vez, explica por qué nuestras leyes se transgreden fácilmente cuando se trata de favorecer a un amigo o a un familiar

y, no hay duda de que tiene mucho que ver con la corrupción que nos azota desde la llegada de los españoles.

La otra manifestación evidente es la aplicación que le damos al principio de placer. Un sueco o un finlandés, no tiene el sentido de disfrute de la vida que alcanza un afro de la Costa Pacífica o un criollo del Caribe. El mismo López de Meza, una vez afirmó que “mientras Alemania es el país del acatamiento y la obediencia; la India, el lugar de la meditación y de abstrusos poemas épicos, Latinoamérica es el solar predilecto de la emoción”.

Por esta y muchas razones, no se puede analizar la cultura latinoamericana con esquemas o patrones prestados. Nuestra realidad es bien otra y está cruzada por la diversidad, la pluralidad de las normas, el individualismo y la poca sujeción a las normas.

PROPUESTA PARA UNA INTERCULTURALIDAD DE DOBLE VÍA

Ante este panorama histórico tan convulsionado y tan complejo, se hace difícil trazar una línea de equilibrio o regularidad entre los diversos grupos que conforman a América Latina. El mestizaje, a pesar de haber hecho un gran aporte en contra de la discriminación racial, generó otras formas de aprecio y desprecios y la marginalidad, la desigualdad y la injusticia todavía dominan el panorama de nuestros pueblos y, aunque se han hecho varios esfuerzos por parte de los gobiernos para dictar leyes que favorezcan, sobre todo, a aquellos grupos deprimidos, vulnerables o en serio peligro de desaparición, no han sido suficientes.

Es necesario considerar que este problema tiene facetas: en aquellas regiones en donde existe un indigenismo fuerte como en Bolivia, Perú, Ecuador o Guatemala, los indígenas, han conseguido muchas reivindicaciones; pero en aquellos en donde el indigenismo es débil, como en Colombia, la situación no es tan favorable.

Nuestra institución, UPB, con la colaboración de un grupo de trabajo en el que participan especialistas de las diversas áreas del conocimiento y representantes de la iglesia, la sociedad, el Gobierno y los indios, mestizos y negritudes, hemos presentado una propuesta, que ya se ha hecho operativa en zonas hasta donde llega nuestro campo de influencia.

Aunando todos estos elementos y experiencias hemos llegado a entender más certeramente el concepto de interculturalidad desde el campo de la formación, de lo educativo como un concepto que se construye en la articulación de tres pilares

fundamentales, basados en la antropología cultural, las relaciones socio semióticas, la ética y la comunicación intercultural.

El primer pilar se basa en la cultura del **reconocimiento** del “OTRO”, de la multiculturalidad como una riqueza y la aceptación de que la diversidad es un hecho incuestionable que no admite discusión. En Colombia un paso importante para la reafirmación de este principio lo dio la Constitución de 1991 que incluye en el bloque de constitucionalidad que “Colombia es un país pluriétnico y pluricultural”. Con la ayuda de este soporte legal se han podido llevar a cabo transformaciones en la reconstrucción de lo social y lo cultural, de reconocimiento de grupos, de ciudadanías, todos como sujetos de derecho y con atribuciones en lo cultural, lo social y lo político.

Desde nuestra posición, como institución académica, hemos desarrollado un plan de trabajo que tiene por fundamento el eje intercultural que nos ha permitido diseñar programas académicos y de desarrollo que apuntan hacia una educación en doble vía, en diálogo de saberes. Esta acción pedagógica, que llevamos trabajando desde hace 30 años, ha permitido graduar a más de tres mil indígenas, afrodescendientes y mestizos en las áreas de Etnoeducación, Etnoeconomía, Gestión pública, Ingeniería Agroindustrial y otras áreas relacionadas con la autogestión y el etnodesarrollo en los niveles de pregrado y postgrado.

Esta propuesta transversal facilitó un intercambio de saberes que han enriquecido a los sectores que participan del proyecto. A través de ese prolongado contacto hemos llegado a una mejor comprensión de los pueblos, de la diversidad social y cultural del país. Además, nos ha permitido comprender que la diversidad no se da solo por diferencias étnicas. La diversidad, es el reconocimiento de que otro, el otro no se parece a uno. Esta comprensión más que generar conflicto es la posibilidad de ver, escuchar, sentir, comprender al otro en su natural dimensión, en su identidad.

Por otro lado, comprendemos que la realidad cultural está directamente relacionada con la realidad social y por tanto, los hechos sociales se analizan desde las categorías que nos presenta Néstor García Canclini, de *valor uso-valor cambio; valor signo- valor símbolo*. Esto es, si un español llega a Colombia y pide un “tinto y un bocadillo” le sirven un “café negro y un dulce de guayaba.” Esta es la riqueza de la cultura en todas sus expresiones materiales e inmateriales. Las interacción entre los mismos y los hechos culturales producen la identidad o identificación, cuando la interacción se hace con miembros de otras cultural la línea de contacto se vuelve sinuosa y no logra establecer o perfeccionar el contacto. Y tal como lo afirma Bertil Malberg la “semi comprensión” es peor que

la incomprensión absoluta. Por ello, la importancia de resaltar el valor de la diferencia, no para enquetizar y excluir, es para encontrar mecanismos alternos que favorezcan la comprensión del otro. Estos mecanismos surgen de la buena voluntad y el respeto hacia el otro.

El segundo pilar se cimienta en la comprensión de que la ética no es una simple teorización, sino que es un conjunto de acciones, comportamientos mediados por los valores existentes en una sociedad real, es decir una praxis social, lo mismo que los valores culturales, poniendo de relieve que estos valores son el resultado de la capacidad humana de **estimar** (Cortina, 2009). Sólo quien razonablemente toma la decisión de actuar bajo valores –sensible, vitales, estéticos, intelectuales, morales y religiosos- genera posiciones respetuosas y diferenciadas con un/el otro. No se trata de hacer únicamente un ejercicio intelectual, pues, en el campo de los valores se reconoce su naturaleza dual: razón y emoción.

La ética para las nuevas ciudadanías, incita al respeto no solo de normas morales, sino, de códigos sociales. Para ilustrar, en las relaciones interpersonales es el conocimiento o desconocimiento de las normas de cortesía, la moda, los rituales sociales, las ceremonias lo que hace que se generen, prejuicios y controles sociales.

El tercer pilar recoge los contenidos del primero y el segundo y se orienta hacia la **comunicación**. Con la conjugación de todos estos pilares se trata de eliminar el prejuicio, crear vínculos, transmitir información y generar aprendizajes. Se trata de un conocimiento complejo en el que la comunicación, como un acto social intencional, requiere de todos estos componentes.

Reconocer que la comunicación humana es la posibilidad de convivir, hacer, crear, ser con un/el otro. Hoy nada escapa a la realidad de que los hechos sociales y culturales acontecen en el acto comunicativo, son eventos discursivos puesto que, en muchas circunstancias, no existe coherencia entre los planos de contenido y lo que se expresa. Los eufemismos sociales como “gente de color”, “pobres indiecitos”, “humildes campesinos”, lo único que hacen es tratar de ocultar una realidad más amarga como el odio y el desprecio por aquellos que no son o no piensan como nosotros. Ya hoy no existen los ciegos, sino los “invidentes”; ya no hay tuertos, sino “limitados visuales”, contra esa hipocresía queremos luchar, ya que los “otros” no nos merecen conmiseración, sino un trato respetuoso, solidario, justo, sincero, abierto y una comunicación fluida y eficaz sin los disfraces de la prepotencia y el desprecio.

Tenemos que entender que los actos comunicativos han de estar mediados por conductas liberadas del prejuicio, éticas, respetuosas, reconocedoras de la

diversidad y que valoran la diferencia en función de la mitigación de las interferencias a la hora de las interacciones comunicativas.

Conclusiones

Todorov, ya lo dijo “no podemos caer en la trampa de creer que las culturas se relacionan, los que se relacionan son las personas portadoras de cultura”. Este es un principio rector para nuestra propuesta. Intentar ofrecer alternativas de formación en las que se haga relieve en lo que se cree conocido, comprendido. La cultura, la ética y la comunicación en el campo de las ciencias sociales son fundantes, hoy, recurrimos a ellos en clave de interculturalidad para renovar el interés y hacerlas praxis para la convivencia y para la posibilidad de ser/hacer juntos.

Cada individuo toma de la cultura de su gran sistema colectivo, lo que le conviene, lo que le sirve, lo que le permite vivir, por ello, él mismo es y a su vez es la comunidad a la que pertenece, se vive en esa naturaleza dual.

Las relaciones que establecemos entre unos y otros son una forma de comunicación, y debemos tener en cuenta que, ese evento está regulado por el bagaje cultural, las conductas y emociones de cada individuo que se expresan, se hacen visibles con el otro, que a su vez posee la misma condición del otro, de ahí, la complejidad, la empatía y simpatía que surgen en la comunicación intercultural.

Las percepciones sobre el otro están ligadas a las emociones y estas a su vez producen conductas, comportamientos. Cuando son positivas desembocan en relaciones de apertura, cercanía, comprensión, solidarias y de amistad. Pero, cuando son negativas se da el aislamiento, el rechazo, la desconfianza y la incomprensión. El reto que nos proponemos es ampliar el marco de comprensión sobre estas situaciones y educar para vencer estas barreras.

La interculturalidad tiene su centro en las relaciones, en el contacto, en los procesos de interacción, los cuales tramitan el conocimiento que se tiene de sí mismo y del otro, o no. Por tanto, la flexibilidad, el respeto, la negociación sin exclusión son condiciones necesarias lograr relaciones en las que se mitigan el prejuicio, las malas informaciones y las simplificaciones.

Parfraseando a Geertz y apelando a la teoría de la teratología “Todo aquel que no se parece a mí, o no piensa como yo es un monstruo” esta frase tan abrupta lo que nos muestra es la cantidad de dificultades que enfrentamos para alcanzar la

meta deseada que es el de la interculturalidad en todos sus aspectos y dimensiones.

BIBLIOGRAFIA

Alsina, Miguel.R. (2012).La Comunicación Intercultural. Barcelona: Anthropos.

Barba, Enrique M. y otros. (1192). *Iberoamérica una comunidad*. Monte Ávila

comunicativa intercultural (CCI) y sus implicaciones para la práctica educativa. *Rev. FOLIOS*. Bogotá: Universidad Pedagógica de Colombia. Kimpres.

Cortina, Adela. (2009). *Ética de la Razón Cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*. España. Nobel.

editores Latinoamérica. Venezuela.

Escobar. H. Guillermo León y Otros (1988). *Alcaldes, Concejales y Ciudadanos*.

Fundación Simón Bolívar. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos.

García, C. Néstor. (2004). *Diferentes, Desiguales y Desconectados. Mapas de la*

Geertz,Cliford.(2005).La Interpretación de las Culturas. Barcelona: Gedisa

González L. José. y otros. (1990). *Filosofía a distancia. Antropología. Perspectiva Interculturalidad*. Buenos Aires: Gedisa.

Latinoamericana. Bogotá: Universidad Santo Tomas de Aquino.

México: Fondo de Cultura Económica.

México: Siglo XXI

Sanhueza. h., Susan y otros. (2012). Dimensiones de la competencia

Sartori, Giovanni. (2008) *La Democracia en 30 Lecciones*. Madrid: Taurus.

Todorov, Tzvetan. (2008). *El Miedo a los Barbaros*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Sennett, Richard. (2009). *El Artesano*. Barcelona: Anagrama.

Sennett, Richard. (2011). *El Respeto*. Barcelona: Anagrama.

Sennett, Richard. (2012). *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*. Barcelona: Anagrama.

Serres, Michael. (1994). *Atlas*. Barcelona: Cátedra.

Taylor, Charles. (1993). *El Multiculturalismo y la Política del Reconocimiento*.

Todorov, Tzvetan. (2008). *La Conquista de América*. El problema del otro.